



Más maestros y menos profesores

“Lo poco que he aprendido carece de valor, comparado con lo que ignoro y no desespero en aprender”.

René Descartes

RICHARD ARMANDO MILLÁN TORRES¹

Cada vez que un individuo pretende establecerse como sujeto en un determinado momento y lugar, su primera opción es revisar sus aprendizajes previos.

¹ Comunicador Social y Periodista. Magister en Educación Docencia. Profesor del Núcleo de Lenguaje Audiovisual del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. richardmillan@umanizales.edu.co

Debe establecerse en el mundo a partir de su recorrido educativo, sus aprendizajes, sus maestros y sus pensamientos generados a partir de esos recorridos académicos y vivenciales.

Claro, la cabeza se colma de información, se llena de múltiples conceptos, recuerdos y presuntos aprendizajes, casi traídos de los cabellos para que hagan parte de ese voluminoso cargamento de argumentaciones necesarias para establecerse como sujeto válido,

importante, necesario para otro y determinante en sus decisiones. Establecerse en la sociedad se puede considerar como una manera de existir en ese entorno, en el cual es necesario ser interesante para el otro a partir de sus saberes y experiencias, para que en esa medida se pueda construir el Yo.

Pero cuando se hace la revisión de los aprendizajes adquiridos, todo se convierte en un caos. Ese re-visarse es como recorrer en reversa la vida educativa, es establecerse en el mundo a partir de los aprendizajes y el caos se genera cuando en la revisión se encuentran vacíos imposibles de llenar, verdaderos abismos de ignorancia cimentados en falsas promesas de “educarse para ser alguien”. Nos topamos con una marejada de información en la que hay más agua que sustrato, porque las habilidades para lograr descomponer el lenguaje y sacar de allí lo vital, no son enseñadas.

El sujeto requiere saber el cómo para lograr el aprendizaje, necesita aprender a hacer caminos para llegar a esa montaña desde donde se mira la plenitud del valle y la realidad de su entorno. No hay transparencia en el mensaje educativo actual. Hay una cantidad de información desarticulada que no permite claridades fundamentales, sólo aprendizajes pasajeros que más parecen anécdotas de la historia, de los autores, de los mismos maestros, que enseñanzas reflexionadas, reflexivas y aplicadas a una realidad del entorno.

El análisis podría ir más allá de los contenidos y considero que debe estar ligado a un problema en el lenguaje educativo, pues la relación que se establece hoy entre maestro y estudiante es de carácter alienador lo cual no permite desarrollar herramientas para hallar el camino hacia libertades intelectuales

que contribuyan a la apertura del mundo para ese discente. Esto supone una relación que plantea una sin salida frente a la posibilidad de resolver sus propios problemas con paradigmas epistemológicos científicos, que le dan otro vuelo al proceso educativo.

La metáfora educativa cobra vida cuando el educador se propone “descrestar” al educando con elementales enseñanzas, disfrazadas en complejos conceptos, que no contribuyen en la formación y por el contrario deforman el proceso y la concepción de mundo del alumno. Las preguntas del ser ¿qué soy Yo como ser?, ¿qué es lo que me hace ser? son los interrogantes que quedan en medio de la reflexión sobre la educación y su papel en la formación.

La escolarización del proceso educativo es uno de los más graves errores de la educación contemporánea. Considerar que el estudiante va a las aulas a llenarse de información “dispensada” por un sujeto-educador, impotable e incuestionable en sus conocimientos, es suficiente para garantizar la formación de un sujeto socialmente crítico y preparado, es como aceptar que las verdades sólo están en los libros, que los experimentos para “descubrir” las maravillas de la ciencia están determinados en las guías de clase y que lo que se dice en la escuela no se puede rebatir porque allí está la sabiduría plena.

A la escuela se va a aprender, no a estudiar. Así le respondieron los estudiantes campesinos a un profesor que llegó de la ciudad a “descrestarlos” con sus enseñanzas. Los chicos vieron que lo que ese educador les transmitía no tenía nada que ver con su cotidianidad, ni con sus necesidades de aprendizaje. Era una clase de espaldas a su entorno, sin la capacidad de ofrecer asombro, y basada

en la certeza de lo incuestionable. Estos chicos decidieron no volver a esa clase, pues querían conocer más su entorno y aprender a partir de la resolución de los misterios que les proponía su propia cotidianidad.

La escuela contemporánea carece de misterio, no asombra porque todo lo tiene resuelto y permite cierta comodidad al maestro que solo quiere cumplir con sus horas **cátedra** y **cobrar con tranquilidad** porque no hay nada nuevo que decir. Pero se debe buscar un maestro convencido de la incompletud de sus saberes, de la necesidad de seguir aprendiendo al lado de sus estudiantes, un maestro que guíe y permita descubrir los misterios que aún están por resolver.

Cuando se es maestro la vocación de enseñar y de asegurar el aprendizaje de los estudiantes es la esencia de la cotidianidad en la escuela. Empero cuando se asume el papel de “profesor”, asumiendo este sustantivo en forma despectiva para establecer la diferencia en que se sustenta este texto, la tarea de enseñar se convierte en la simple transmisión de un saber, en soslayar la ingenuidad de los estudiantes para aparecer como sabio ante ellos.

Hoy se necesitan más maestros y menos profesores, **más de aquellos con vocación** de enseñanza y menos con vocación de salario y pensiones. Se necesitan maestros que reconozcan en sus estudiantes sujetos con derechos y deberes, que hagan parte de una sociedad que tiene anhelos y que tiene a la escuela como eje fundamental del ejercicio ciudadano. Por eso la incorporación al aula de clase en la vida cotidiana del estudiante es un ejercicio que podría permitir mayor aprovechamiento de las vivencias como elementos de aprendizaje en torno a las certezas de la ciencia.

Dice Carlos Calvo:

Cuando nos escolarizamos la palabra nos aguarda para repetir aquellos vocablos celosamente guardados en los textos de estudio y que hemos repetido muchas veces. De esa manera sólo aprendemos lo que otros descubrieron y no lo que nosotros podríamos crear. Aprendemos a recordar fórmulas, fechas, incluso valores y sentimientos, pero no logramos integrarlos al devenir de nuestra existencia. Leemos sobre la pobreza pero no nos inmutamos ante el drama atroz de la miseria; leemos sobre los logros de la globalización y no nos conmovemos ante la deshumanización que trae consigo; estudiamos la composición química de los alimentos pero no aplicamos ese conocimiento cuando comemos; aprendemos sobre la reproducción pero nada sabemos sobre el misterio de la atracción sexual.

Y es que el sujeto es en la medida que sabe, pero ese mismo sujeto nace en el conocimiento en medio de una nebulosa producida por el profesor, que ve en él una amenaza a sus estabildades, a sus seguridades. Por eso cuando un sujeto se escapa de la nebulosa es segregado, discriminado, señalado, atacado y eliminado del proceso normal de reconocimiento social.

Ese sujeto que logra llegar a la montaña por sus propios medios, cuestionándose como individuo formado o educado, combatiendo los miedos generados en la escuela y los miedos creados en sí mismo a partir de sus blandos aprendizajes, es el que logra abrir las fronteras del conocimiento y se destaca sobre los hombres del valle. Pero en la medida que conoce, que adquiere libertades,

que recibe información reconoce las ausencias de los otros que, como él, fueron desorientados en un río de metáforas superficiales y maquilladas. Metáforas estéticamente bien hechas, pero conceptualmente vacías.

La esencia de este asunto está en la formación de los formadores. Es necesario pensar cómo se está permitiendo que los formadores se formen en libertades, en la consideración del otro como sujeto individual, en su autonomía y en la forma de mirar el mismo mundo. Cuando el educador debe pararse frente a un estudiante que ya no es más un receptor de información sino un sujeto participante, crítico, analítico, reflexivo y confrontador, se debe replantear como maestro, aceptar que su paradigma pedagógico ha cambiado. Debe reconocer que la interacción es un recurso para

el aprendizaje, que el saber absoluto ya no existe en el aula de clase y que esa misma aula ya no se circunscribe a cuatro paredes pues el escenario de la práctica académica es el mundo mismo.

La formación de los educadores es una tarea que debe plantearse desde la misma enseñanza, desde la experiencia en modos de aprendizaje y en la consideración de un cambio absoluto del paradigma docente. Es necesario que desaparezca la brecha generacional que separa al maestro de sus discípulos, como la brecha tecnológica que plantea un nuevo reto para educadores y educandos en un proceso de interacción académica.

La resistencia de los docentes a incorporar las nuevas tecnologías a los procesos pedagógicos no sólo genera animadversión entre los estudiantes, sino



lentitud y caos en los procesos de enseñanza-aprendizaje. Es una realidad que no se puede ocultar, ni mucho menos revertir y que los maestros deben asumir con la misma responsabilidad con la que se han ido incorporando formas, elementos y hasta técnicas a los procesos pedagógicos.

En ocasiones los errores más graves provienen de las acciones más ingenuas. El predicamento docente radica en creer que lo importante es “botar” conceptos, llenar de información al alumno, descrestarlo con conocimiento aparente, llenarlo de citas, provocar en él solo admiración en una especie de victoria que es segura, en la medida que quien se pare sobre ella no se mueva más allá de su centro. Esto supone una educación limitada, sin caminos, sin montañas; una educación en el valle de la ignorancia consentida por los formadores.

Metáfora significa más allá, después de, pasar a. Se basa en reemplazar con imágenes una realidad. La metáfora ilustra una realidad, no la cambia, no la falsea. Por eso en psicología una metáfora sirve para profundizar en el ser humano, para llegar a su conciencia más profunda. Y es en esa medida que la educación debe apuntarle a la formación, estableciendo profundidades en el conocimiento dado.

La metáfora debe ser mucho más que una figura literaria, debe ser una oportunidad para imaginarse realidades posibles y abrir nuevos horizontes humanos mirados desde la montaña del conocimiento buscado y no del conocimiento permitido. Supone abrir caminos a partir del cómo, contribuyendo a un verdadero aprendizaje explorativo.

«La mayor enseñanza del camino es que te ayuda a comprender que tu vida es una peregrinación. Estás de paso y tienes esa incertidumbre, esa inseguridad porque no sabes dónde dormirás, lo que te hace ser más receptivo y te vas transformando».

Ángel Ayesa

Referencias

- Calvo, C. (2010). Los procesos educativos y la emergencia de complejidades caóticas y autoorganizadas. *Plumilla educativa*, (núm. 7), pp. 18-36.
- Monclús, A. (1988). *Pedagogía de la contradicción*. Paulo Freire. Nuevos planteamientos en educación de adultos. Barcelona: Anthropos.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- González, M.A. (2010). *Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente*. Manizales: Universidad de Manizales.